



En alabanza de ser un objeto sexual

Por Sandro Cohen

Desde el nacimiento del feminismo como movimiento de masas en los años 60 del siglo pasado, las mujeres han luchado —comprensible y correctamente— porque no sean vistas como objetos sexuales. Debo confesar, sin embargo, después de haber vivido muchas décadas de estira y afloja en este sentido, y desde dentro de uno de los momentos sociales más críticos de que tengo memoria —el movimiento de #YoTambién y #ElTiempoSeAcabó— he llegado a la conclusión de que, felizmente, todos somos objetos sexuales.

Aquí hace falta precisar: no *solo* somos objetos sexuales, pero de que lo somos, lo somos. Ha sido gracias a esto y a nuestra asombrosa capacidad de crear abstracciones de abstracciones que hemos logrado medrar en el mundo animal como ningún otro. Hemos tenido, incluso, demasiado éxito, tanto que hemos puesto en peligro la supervivencia misma de nuestro hábitat y del globo entero.

Desde que tengo memoria me han parecido atractivos los cuerpos de los seres humanos. En mi caso, de manera predominante, los femeninos. Estaba en la escuela maternal, antes del kínder, cuando ya me había enamorado de una niña, cuyo nombre era Laura. Yo tenía tres años. Todavía recuerdo con nitidez mi deseo de sentir su cuerpo junto al mío. ¿Esto era sexual? ¿Laurita era víctima de que yo la viera como objeto sexual? Yo todavía no sabía, ni remotamente, qué era el sexo, las relaciones sexuales, el acoso, etcétera. Solo sé que yo la veía y se me aceleraba el corazón. ¿Qué veía yo en ella cuando teníamos tres años? ¿Veía su intelecto, su talento, su profunda sensibilidad? Me temo que no. Sentía su ser todo como niña que me fascinaba. Nada más. Nada menos.

Adelantémonos seis décadas y pico. Voy pedaleando en mi bicicleta a 38 kilómetros por hora hacia el norte por el Eje 3 Oriente. Una mujer, probablemente después de hacer ejercicio, se detiene en una esquina para atravesar la calzada. Levanta los brazos para estirarlos y todo su cuerpo está marcado bajo la malla de licra color negro. Yo no conocía a esta mujer. Probablemente jamás la había visto antes de ese momento fugaz. Sentí de nuevo, y tal vez por millonésima vez, la misma sensación que me había sobrecogido con doña Laurita cuando ambos teníamos tres años. ¿Cómo puedo negar que vi a esta señora del Eje 3 Oriente como objeto sexual? Imposible.

Ahora bien, esto no significa que vaya a acosarla. De hecho, el acoso sexual me parece aberrante y, al fin y al cabo, patético. Lo que sí me parece importante aclarar es que los seres humanos, al conocer a ciertas personas —no todas— sentimos una atracción o una repulsión naturales. Cuando se trata de una repulsión o de una reacción neutra, podemos confiar en que no ha habido ninguna “química”, por lo menos de nuestra parte. Pero cuando sí la hay, se debe a lo mismo que me puso a girar en la escuela maternal. Y esa sexualidad, esa calidad de ser objeto sexual, no es más ni menos nefasto. Voy más lejos: es positivo. Nos vuelve humanos.

También nos vuelve humanos valorar a la persona entera alrededor de su sexualidad, *por*

Foto: Edgar Valtiago



encima de su sexualidad, en ocasiones a pesar de su sexualidad. Muchas veces, la vasta mayoría de las veces, debemos trascender el aspecto sexual de las personas simplemente porque no viene al caso. Sentir, admirar en silencio o dejarse cimbrar por la sexualidad de otro ser humano no significa que le hagamos piropos, sobre todo si se trata de un desconocido. Mucho menos nos da el derecho de chiflarle, de tocar cualquier parte de su cuerpo, verlo lascivamente o aprovechar una multitud —como las del Metro— para toquetear. El ahora presidente de Estados Unidos, Donald J. Trump, porque era anfitrión de un reality show y era famoso, se creía —a confesión propia, grabada para toda la posteridad—

con el derecho de manosear los genitales de cualquier mujer que se le apeteciera, y de besarlas sin siquiera decirles “agua va”. Hablando de patético...

Para nada. Cero. Esto no es de humanos. Creo que ni siquiera es de chimpancés o gorilas, que siguen un protocolo para casos parecidos. Todo contacto físico entre adultos solo debe ser de común acuerdo, consensual: una celebración de la vida y de nuestra humanidad.

Los hombres y mujeres que utilizan sus posiciones de poder para hostigar, conseguir lo que quieren de seres humanos vulnerables solo merecen nuestro desprecio. Pero no despreciemos nuestra humanidad, que es tremendamente sexual. Aprendamos, pues, a ser buenos seres humanos. Antes que sea demasiado tarde. 🐦



Sandro Cohen es escritor, editor, traductor y profesor. Ha publicado ocho libros de poesía, dos novelas y un libro de cuentos eróticos. Su obra se encuentra en varias antologías de México y el extranjero. Ha traducido a célebres poetas estadounidenses e ingleses para publicaciones de la UAM y la UNAM. Durante varios años se ha dedicado a la docencia y actualmente está adscrito al Departamento de Humanidades de la UAM-Azcapotzalco.

